

Fernández, María del Carmen

Ob-audire a Dios que habla

XXXVIII Semana Tomista – Congreso Internacional, 2013
Sociedad Tomista Argentina
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fernández, María del Carmen. “Ob-audire a Dios que habla” [en línea]. Semana Tomista. La vitalidad de la fe frente al gnosticismo, XXXVIII, 9-13 septiembre 2013. Sociedad Tomista Argentina; Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/ob-audire-dios-que-habla.pdf> [Fecha de consulta: ...]

OB-AUDIRE A DIOS QUE HABLA

1. Dios habla a través de todo lo creado

Josef Pieper en su libro *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*¹ plantea ¿qué significa que “Dios habla”? Refiriéndose a este interrogante sobre el cual queremos meditar, expresa: “Dios habla significa que Dios al crear las cosas a partir del logos eterno y mediante El, les da, junto con su ser, su cognoscibilidad esencial, luminosidad y verdad en virtud de las cuales están dispuestas a ser captadas por la razón finita (humana) y no sólo a mostrarse tal como son, sino a permitir intuir su origen divino.

Dios habla, se dirige a los hombres en un acto de comunicación, de revelación, para dar a conocer la realidad. Dios se revela, pero la misma se consume en el acto de fe del creyente. La aceptación del trato divino tiene lugar en el espíritu del hombre que capta: su potencia cognoscitiva participa de una luz interior, en la que se le muestra una realidad que, en otro caso, permanecería inalcanzable e irreconocible para Él. Sto. Tomás expresa esto en la *Summa contra Gentes*². En esa descripción del hecho en que el interpelado capta el discurso que Dios le dirige, se engarzan todos los elementos conceptuales que se han evidenciado esenciales para lo que, en el sentido estricto de la palabra, denominamos “lenguaje”: dar a conocer una verdad, hasta entonces desconocida e incluso irreconocible, mediante una enseñanza e “ilustración” que ilumina y esclarece tanto el espíritu del interpelado, como la realidad que hasta entonces le era desconocida³.

La fe tiene sentido si Dios ha hablado realmente y, por cierto, de un modo atendible por el hombre.

Atender supone ver y escuchar a todo aquello que se muestra. Decía en su meditación ante la muerte Pablo VI: “Este mundo misterioso, magnífico, este universo de tantas fuerzas, de tantas leyes, de tantas profundidades. Es un panorama encantador. Parece prodigalidad sin medida. Asalta a esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber observado como merecían las maravillas de la naturaleza las riquezas sorprendentes del microcosmos y del macrocosmos...”

El mundo, el universo inagotable e insondable es el que habla de Dios desde su luminosidad inagotable. Santo Tomás cita con frecuencia las palabras de la *Metafísica* Aristotélica, según las cuales la facultad de conocer de nuestra alma se comporta respecto

¹ Pieper, Josef. *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*. Rialp. Madrid. 1980. p. 142.

² Sto. Tomás. *Sum contra Gentes* 3, 154, Quaest, disp, de veritate 12, I ad 3.

³ Pieper, Josef. *Op. Cit.* Pp 137-138.

de lo que es más claro según su esencia al modo de los ojos de las aves nocturnas respecto de la luz del día⁴.

Aceptar esto supone la reverencia, esa de la cual hablaba San Buenaventura.

2. La reverencia desde San Buenaventura

“...Por consiguiente, aquel que no resulte iluminado por los esplendores innumerables de las creaturas, está ciego, el que no se despierta con tantas voces, está sordo, el que no se despierta con tales maravillas, el que con tantos signos no advierte el primer Principio, es necio. Abre pues los ojos, acerca las orejas del espíritu, despega tus labios, excita tu corazón (Prov. 22, 17), para que veas, escuches, alabes y veneres, exaltes y honres a Dios en todas las creaturas, no te suceda que todo el mundo se alce contra ti. Porque el Universo saldrá con él a pelear contra los insensatos (Sab.5, 21), mientras será motivo de su gloria para los prudentes que con el profeta podrán decir: “Con tus hechos Señor me regocijas, exalto con las obras de tus manos (Sal 91, 5) ¡Qué numerosas tus obras, Señor! Todas las has hecho con sabiduría, de tus criaturas está llena la tierra (Sal 103, 24)”⁵.

Aquí puede observarse el sentido del límite por parte de la inteligencia. Simone Weil decía: El papel privilegiado de la inteligencia en el verdadero amor, proviene de que la naturaleza de la inteligencia, consiste en ser algo que se borra, al mismo tiempo que se ejerce.

Puede esforzarse por llegar a las verdades, pero cuando están allí ellas son, y yo no soy nada⁶. El papel de la inteligencia es sólo sumisión⁷.

Esto lo destaca muy bien Federico Sciacca en su obra *El oscurecimiento de la inteligencia*: “Al límite del límite signo de la inteligencia, el misterio se hace evidente...” (...) “En la medida de la inteligencia – que se extiende al sentimiento, al conocimiento y a la voluntad – está presente lo religioso, un nexo de vínculos, con nuestros semejantes, con Dios: inteligencia es también piedad, y no hay sabiduría sin piedad”⁸.

¿Cómo realizarlo, sino desde la obediencia...? Pero, ¿cómo es posible ob-audire, sin ob-audire...?

⁴ Metafísica. 2,1; 1993 b, cf, por ejemplo C.G, 3, 25.

⁵ San Buenaventura. Experiencia y teología del Misterio, p. 17.

⁶ Weil Simone. La gravedad y la gracia, p.181.

⁷ Weil Simone. Op. Escritos de Londres, p. 160.

⁸ Sciacca Federico. El oscurecimiento de la inteligencia. Gredos. 1973, p.16.

3. Ob-audire a Dios que “habla”

Dios habla, pero el hombre debe estar abierto y disponible a escucharlo. Emilio Komar en una reflexión⁹, dice: “La vida para un espíritu creado está en proporción a su apertura al orden de los seres que lo rodean, y del cual él mismo forma parte, y a su apertura al Ser Increado, que es auscultación incesantemente a los demás seres de su sentido y de su orden. El realismo es saber ver, saber oír, saber subordinarse, saber renunciar a su sistema... (...) La incapacidad de oír, de audire, quita toda base a la capacidad de ob-audire, de oír (audire), yendo al encuentro (ob) de donde viene el verbo oboedire, que significa obedecer”.

El mismo autor en un texto dedicado a Sto Tomás, Almus Thomas¹⁰ observa una oración en la que el Doctor Angélico pide al Jesús sacramentado:

“Haz que mi mente viva de Ti”.

Y señala el significado sobrenatural y místico, en primera instancia, que tiene el mismo: El santo pide a Jesús la gracia de que su mente pueda centrarse en la infinita Palabra de Dios, y vivir de su abismal mensaje. Pero dentro de este significado sobrenatural se inscribe un significado más humilde, natural y filosófico – no en el sentido de no tener que ver nada con la gracia, sino en el sentido de un efecto natural de la gracia – según el cual, el santo pide a Jesús que su mente viva de la Palabra creadora divina, presente en la verdad de las cosas, en la “veritas rerum”.

Todo esto requiere que la persona descubra cómo habla Dios, cómo se expresa Dios. Toda la Creación es la expresión viva de su Palabra que es la Voz inaudible. Así lo muestra W.Vischer:

“La voz de Dios no es una voz cualquiera de la naturaleza, o todas las voces de la naturaleza juntas, sino la voz del silencio. Tan cierto como que la creación entera sería muda, si Dios no le hubiera prestado la voz, y tan cierto como que todo cuanto posee aliento debe por ello, alabar al Señor, es que sólo escucha la propia voz del Señor, aquél que entre todas las voces, sólo escucha la voz inaudible”¹¹.

Dios habla, nombra, dice, a través de todo lo creado, pero hoy, el hombre no puede oírlo, porque lo ha ensordecido el ruido de los aparatos...

⁹ Komar Emilio. Orden y Misterio. Fratérnitas / Emecé. 1996, p. 148.

¹⁰ Komar, Emilio. Op. Cit. p. 28.

¹¹ Picard, Max. El mundo del silencio. M. Avila Editores. Venezuela. 1971, p 203.

4. El ruido de los aparatos

En un breve y precioso texto, Martín Heidegger ¹² describe el sordo ruido de los aparatos, los cuales impiden escuchar el consejo alentador del camino del campo. Dice así: “...Pero el consejo alentador del camino del campo habla solamente mientras haya hombres nacidos en su ámbito que puedan oírlo. Ellos son siervos de su origen, pero no sirvientes de sus maquinaciones. Cuando el hombre no está en el orden del buen consejo del camino del campo, trata en vano, de ordenar el globo terráqueo con sus planes. Amenaza el peligro que los hombres de hoy permanezcan sordos a su lenguaje. A sus oídos sólo llega el sordo ruido de los aparatos que toman por la voz de Dios...”

El hombre hoy, ha ensordecido, ha enfermado, ya no puede escuchar. Kierkegaard lo ha observado muy bien: “El presente estado del mundo, y la vida están enfermos. Si yo fuera médico y se me preguntara mi opinión, contestaría: cread silencio! Llevad los hombres hacia el silencio. De otro modo, la palabra de Dios no puede ser oída, y aún cuando fuera proclamada ruidosamente, bajo recursos estentóreos, de modo que fuese escuchada en medio del ruido, entonces ya no sería la palabra de Dios. Por ello cread silencio!”.

El ruido producido por los aparatos, lo convierte en el hombre mudo, el que no puede establecer comunicación con nada, ni con nadie. Dios ya no puede dialogar con Él para revelar la realidad creada para él. Se ha cerrado a Él...

Max Picard¹³ muestra que la máquina es el ruido verbal transformado en acero y así como el ruido nunca osa detenerse, tal como si temiera desaparecer a poco que no ocupe la totalidad del espacio, así también existe la “máquina” como un temor de convertirse en un fantasma condenado a desaparecer a poco que cese el constante movimiento por el cual se convence a sí mismo de su existencia (...) Y el dios que es posible en este mundo de las máquinas, es el dios producido por la máquina misma en el verdadero sentido del vocablo, el **deus ex machina**.

En este ámbito, alguien ha sido expulsado, y lo ha sido porque no era rentable ni útil, el que ha debido retirarse es el silencio, por ello sólo ha quedado como incapacidad de hablar. Sin embargo, lo sabemos, frente a la mudez del obrero, se impone el silencio del campesino, aquellos para quienes la realidad estalla en el silente repiquetear del Ser...

¹² Posse Abel. El sendero del campo. Traducción de Sabine Longenheim y Abel Posse, que cedió a La Prensa los derechos de publicación del texto del filósofo. 12-8-79.

¹³ Picard, Max. Ibidem p. 166.

Y es el consejo alentador del sendero del campo, el que prepara el camino hacia El... “La sabia serenidad dirá en aquel ensayo Heidegger, es un portal hacia lo eterno. Su puerta gira en goznes que han sido alguna vez forjados de los enigmas de la existencia por un herrero conocedor.

(...) El consejo alentador del sendero del campo es ahora muy claro: **¿Habla el alma, habla Dios..?”**

He aquí la importancia del silencio. Este no es un mero no hablar, es algo positivo, por eso como lo dice el poeta:

“Sobre todo que no se toque
el suelo virgen, divinamente creado
en la pura ley”.

Hölderlin

Aquí en el silencio señala Max Picard, está el sagrado suelo virgen, pues suelo virgen y obra de la divinidad son uno. (...) La huella de lo divino en las cosas es conservado mediante la conexión con el mundo del silencio¹⁴.

El silencio es, origen de la Palabra...

5. El silencio, origen de la palabra

Leemos en Max Picard: “No podía ser de otro modo, sino que del silencio naciese la Palabra. Pues desde que la Palabra divina, desde que Cristo descendió de Dios – el “silencio evanescente” (Martín Buber) – hasta los hombres, fue trazada para siempre jamás, la transfiguración del silencio en la palabra. Tan prodigioso fue el acontecimiento hace dos mil años que desde tiempos inmemoriales el silencio fue abierto por la Palabra. El silencio tembló de antemano y se partió en dos”¹⁵.

De allí que al decir Dios habla, nos referimos también, a que Dios engendra al Logos eterno en el que como dice la Teología de los Padres, se reconoce y expresa la misma realidad originaria, divina, se engendra su propia imagen refulgente, que se hace así luz, verdad y palabra¹⁶.

Cuando nos acercamos al silencio de La Cartuja, nos encontramos con esto¹⁷: “El cartusianismo descansa sobre un fondo de silencio que vosotros conocéis y amáis. En este fondo nace para cada uno Aquél que es palabra eterna. Toda nuestra vocación está ahí;

¹⁴ Picard, Max. Ibidem, p.15.

¹⁵ Picard, Max. Ibidem, p.24.

¹⁶ Pieper, Josef. Ibidem, p.142.

¹⁷ Silence Cartusien. Roma, 1951, p.23.

escuchar a Aquél que engendra esta Palabra, y vivir de ella. La Palabra procede del silencio y nosotros nos esforzamos de alcanzarla en su Principio. Pues el silencio del cual hablamos no es el vacío y la muerte, es al contrario, el Ser en su plenitud fecunda. He aquí porque él engendra en plenitud y he aquí porque nosotros nos callamos”.

“Nuestro silencio no es el vacío y la muerte; él debe acercarse y acercarnos a la vida plena. Nosotros nos callamos porque las palabras de las que nuestras almas desean vivir no se expresan en el decir terrenal”¹⁸.

Y en ese silencio obra la fe...

6. El silencio y la fe

Hoy en un mundo ensordecido por el ruido de los aparatos, un mundo donde Dios parece que estuviera cada día más lejano y más ausente, sin embargo es donde más se hace presente aquello que Rilke llama: “intimidad ardiente de la ausencia”.

Como lo expresara Monseñor Mandrioni¹⁹: “Un dejo del Dios agustiniano, sentido como lo más ‘interior de sí mismo’, pareciera escucharse aquí. Su ausencia ya es experimentada como una presentificación misteriosa de Dios, ardiente e íntimamente sentida, como una necesidad del mismo Dios. (...) El hombre queda profundamente tocado por la lejanía de Dios. Pero este suceso es “íntimo” pues acontece en el espacio cordial: no adviene desde fuera, desde lo visible, sino desde dentro, en lo invisible, allí donde está el auténtico “realizarse”.

En ese sitio profundo, el hombre habitado por el silencio, comienza a dialogar con Dios. Es aquí donde se pueden ver unidos al Rilke maduro, con el joven poeta del “libro de las Horas”, el que dice: “Tú, vecino Dios...”

“Tú, vecino Dios cuando a veces te molesto
 en las largas noches con golpes duros
 es porque rara vez te oigo respirar,
 y sé que estás solo en el cuarto
 y si algo necesitas nada tienes
 para alcanzar un sorbo hasta tu boca.

Yo siempre escucho, dame una pequeña señal
 estoy muy cerca.

Sólo un delgado muro existe entre los dos,

¹⁸ Op. Cit. p.11

¹⁹ Mandrioni, Héctor. El hombre y la búsqueda del Fundamento. Editorial Guadalupe. Bs As. 1971. p.261

por azar, pues podría, ocurrir que una llamada
tuya o de mi boca
lo derribara sin ruido alguno...”²⁰

Dios habla en el silencio...; aquí tocamos las entrañas del encuentro, del hombre con Dios, del yo con el Tú... éste que se aleja cuando el hombre intenta nombrarlo, y se acerca cuando se recoge en el silencio.

El silencio es la esencia de Dios, como lo dice M. Picard, así como la palabra es la esencia del hombre. Pero en esta esencia de Dios todo es claro y evidente, es palabra y silencio al mismo tiempo²¹.

El silencio es el suelo nutricio sobre el que se cumple la sobrenaturaleza de la fe. Lo que acontece es ese encuentro entre el hombre y Dios, esa Voz inaudible que estalla de Presencia a través de todo lo creado, y a la cual se acerca al hombre cuando éste entra en su interior, volviéndose escucha. Es tan grande lo que acontece, que el hombre no puede expresarlo en palabras. Sólo el silencio puede dar razón de tamaño acontecimiento.

Por el silencio se produce el acontecimiento mayor, de poder de alguna manera, con grandes residuos de nostalgia, alcanzar al Misterio, rozar esa fuerza operante que transforma la vida.

7. La fe como fuerza operante

Romano Guardini en su libro *Preocupación por el hombre*, deja una enseñanza preciosa, al señalar lo siguiente: “El mundo se cierra cada vez más sin dejar agujeros. Cada vez se cimenta decididamente el mundo en el sentir de la época como lo uno y lo otro; como “naturaleza” dada sin más, y como “cultura” dueña de sí misma. Por eso el hombre debe poner su mirada en el mundo, como por primera vez, partiendo de su origen interior. Debe aprender a leer otra vez, sus formas y relaciones. Debe ver, no sólo pensar, no sólo afirmar, sino ver con los ojos que el mundo no es sólo “Naturaleza”, sino obra de Dios, no una totalidad saciada en sí misma, sino Palabra que habla de lo auténtico... Lo que debe ocurrir ahí no es nada ruidoso, nada que produzca sensación. Más bien son cosas silenciosas, suaves pero cosas que lo transforman todo”²².

²⁰ Mandrioni Héctor. Op.cit. p.264.

²¹ Picard Max. Ibidem p.203.

²² Guardini, Romano, *Preocupación por el hombre*. Ediciones Cristiandad. Madrid 1965. pp. 248-250.

Desde aquí nos surge esta necesidad profunda de convocar nuevamente a las enseñanzas del ‘maestro’. En las Quaestiones Disputatae de Veritate se dice ni más ni menos: “Aquello que es menos conocido en sí mismo, es con respecto a nosotros, lo más notorio”²³. Para el espíritu finito, la notoriedad del ser no se agota nunca, sino que lo cognoscible de las cosas, siempre va incansablemente más allá de lo que de ellas se conoce. “Un agua que se bebe continuamente y no se agota, así de incomprensible es el sentido del mundo”. (K.Weiss)²⁴.

Tomás ha expresado en una frase brillante este hecho de que las cosas en sí mismas son luz y son cognoscibles aún cuando escapen a nuestro esfuerzo por conocerlas. En el Comentario a la Metafísica aristotélica, cierra la exposición del principio de las cosas más notorias y del ojo de las aves nocturnas, del siguiente modo: “Aún cuando el ojo de las aves nocturnas no vea el sol, la ve sin embargo, el ojo del águila”²⁵.

El lenguaje divino es lenguaje en sentido estricto de la palabra: conocimiento participativo e ilustrador de la realidad. En este caso, no sólo de la realidad de quien habla, sino de la realidad de la que se habla: Dios mismo.

En consecuencia, la fe tiene sentido por cuanto Dios ha hablado realmente, y por su revelación nos ha hecho participar de una luz interior, por la que el conocimiento humano ha sido elevado a recibir algo que no le sería descubrible por su propia luz. Sólo algo ha sido necesario, la apertura y la docilidad por parte del que se ha vuelto ‘escucha’ de la ‘Voz’ inaudible que habla de los esplendores de la Creación.

María del Carmen Fernández

23 Sto. Tomás De Veritate, q. 10, a. 12, además cit por Pieper ibídem. p. 169.

24 Weiss Konrad Gedichte Munich 1961. 672.

25 Sto. Tomás In Metaf, 2, 1; ur 286. Cif. Pieper Unastrik bares Licht 13 ss.

Ob-audire a Dios que habla

Esta meditación quiere ser una invitación a prestar oído a Dios que ‘habla’, a través de todo lo creado. Dios habla dirigiéndose al hombre en un acto de comunicación, de revelación, para dar a conocer la realidad. Esto se consuma en el acto de fe del creyente desde una potencia cognoscitiva que participa de una luz interior, en la que se le muestra la realidad, que en otro caso, permanecería inalcanzable e inaccesible para él. Esto puede verse en Sto. Tomás en la Summa contra Gentes. Sólo el ‘ob-audire’ hará posible el ‘oboedire’. Hoy el hombre no puede oír a Dios que habla porque ha quedado ensordecido por el ruido de los aparatos creados por la técnica. Será necesario recuperar el silencio como huella de lo divino en las cosas, pues de él nace la Palabra. El silencio fue abierto por la Palabra. Por ello debemos recordar las palabras del poeta: “Sobre todo que no se toque/ El suelo virgen creado/ En la pura ley” (Hölderlin).

María del Carmen Fernández

Profesora en Filosofía y Pedagogía. Dedicada al estudio especulativo en Antropología Filosófica desde el año 1969. Asistente y expositora en Congresos Nacionales e Internacionales de Filosofía. Autora de diversas publicaciones.

Dirección electrónica: mariacfernandezcosta@yahoo.com